

3. LA TRAMA

Empiezo con un cosquilleo, una especie de sensación sobre la historia que escribiré. Luego aparecen los personajes y se apoderan del relato, ellos hacen la historia. Pero todo eso termina siendo la trama. [...] Un relato tiene que tener una forma y un esquema. En una pintura el marco es importante. ¿Dónde termina el cuadro? ¿Qué detalles debería incluir? ¡U omitir! ¿Dónde se traza la línea que recorta el cuadro?

Isak Dinesen para *The Paris Review*

Una vez hemos encontrado la historia que queremos narrar llega la hora de comenzar a dar forma a la trama.

La trama es el componente que dota de coherencia al conjunto de elementos que forman nuestro texto, tales como los personajes, el tiempo, el estilo o la voz narrativa. Es, pues, la cuerda que les mantiene unidos y les imprime la fuerza necesaria para que dejen de ser una amalgama incierta y se conviertan en un todo dotado de un sentido que va más allá de los hechos narrados.

Según esto, podemos distinguir entre acción y trama, siendo la acción los acontecimientos que ocurren y la trama la manera en que estos se articulan.

No obstante, y a pesar de esta distinción, debemos concebir acción y trama como una unidad indisoluble. Diremos entonces que acción es todo aquello que ocurre a lo largo de la narración, mientras que trama es todo aquello que ocurre, pero deteniéndose principalmente en la percepción de las relaciones que tienen entre sí los hechos que se narran.

Es decir, la trama es el nexo de unión que encadena la narración: la causalidad, aquello que hace que una cosa suceda a causa de otra. Mientras la acción es la sucesividad, que hace que las cosas suceden unas a continuación de otras, estando conectadas solo por la sucesión temporal de los hechos

Así pues, mientras la acción tiene una finalidad expositiva, en cuanto se limita a narrar la sucesión de los acontecimientos siguiendo un orden histórico/lógico, la trama tiene un carácter emotivo y persuasivo. Busca ir más allá de la exposición de los acontecimientos para establecer una relación entre ellos, una manera de organizarlos que otorgue

prioridad a la estética. La trama, al exponer los hechos que componen la narración, trata de buscar la forma de llamar la atención del lector, de interesarlo y conmoverlo.

En palabras de John Gardner:

En la mejor ficción narrativa, la trama no es una sucesión de sorpresas, sino una sucesión cada vez más emocionante de descubrimientos, o de momentos de comprensión. Uno de los errores más habituales de los escritores noveles (de los que entienden que escribir novela es contar historias) es creer que la fuerza del relato radica en la información que se retiene, es decir, en que el escritor consiga tener al lector siempre en sus manos, para descargarle el golpe definitivo cuando menos se lo espera. La ficción avara es aquella en la que el autor se niega a tratar al lector de igual a igual.

El escritor, al plantear la trama, busca persuadir al lector para que se interese por aquello que le está narrando e, incluso, que se identifique de algún modo con los acontecimientos que se presentan. Para llevar a cabo tal propósito el escritor recurre en numerosas ocasiones a alterar el que sería el orden lógico de la narración en favor de un orden artificial por el cual se eluden acontecimientos sobre los que se volverá más tarde, se usan procedimientos de retrospectiva, se avanzan hechos que tendrán lugar más adelante, etc.

En resumen, la narración posee un orden artístico propio que no tiene por qué coincidir con el orden temporal de los acontecimientos. Este orden temporal puede ser válido únicamente fuera de la historia, en una abstracción o resumen de la misma.

Tradicionalmente se ha dividido en tres partes: planteamiento, nudo y desenlace; como es lógico, estos tres elementos no son fijos ni inmutables, y están sujetos a todo tipo de variaciones para lograr según qué efectos.

Este orden artificial sobre el que se asienta la trama logra que se despierte en el lector el interés por la historia que le está siendo contada y que se sienta parte integrante de ella, tratando mientras dura la lectura de adivinar su desarrollo, especulando y sacando conclusiones. Y todo esto será precisamente lo que proporcione al lector las herramientas

con las que juzgar la narración, al permitirle cotejar el desenvolvimiento del texto conforme a las expectativas que sobre él se ha ido creando a lo largo de su lectura y conforme a su trama.

PARTES DEL TEXTO NARRATIVO

LA SITUACIÓN

Una vez comprendida la manera en que la trama altera el orden natural de la historia en favor de un orden estético que se ajuste a las necesidades del texto, llega el momento de decidir en qué momento de la historia que vamos a contar queremos comenzar la narración.

El arranque desde el que parte la trama se denomina situación. Al hablar de situación hacemos referencia al estado en el que se encuentran las cosas en el momento en que se inicia la narración. A partir de la situación, la trama se desarrolla en un movimiento continuo hacia su conclusión, pasando por diferentes fases. Ahora bien, no debemos perder de vista que esas fases que componen la trama forman un todo, debe existir una continuidad entre ellas (aunque esta sea una continuidad causal) que refuerce el transcurrir de la narración.

Es decir, la situación presenta al personaje en unas circunstancias tales que harán que la trama avance hacia un conflicto y posteriormente hacia una crisis, para terminar en la resolución del primero.

En muchas ocasiones la situación presenta alguna de estas tres posibilidades:

- un personaje se enfrenta a otros
- un personaje se enfrenta a alguna circunstancia externa
- un personaje se enfrenta a un dilema interior

Por supuesto, existen otras muchas situaciones de las que puede partir la trama. Como siempre sucede a la hora de escribir, no existe un único modelo ni una única fórmula válida, sino que es el escritor quien da forma a la trama al decidir cómo quiere contar su historia.

EL OBJETIVO

Una vez definida la situación, se establecerá el objetivo del protagonista. Ese objetivo, ese deseo, puede ser concreto o abstracto, consciente o inconsciente, evidente u oculto... Puede tener muchos matices o no, pero es necesario que exista y tenga una presencia en el texto, ya que los personajes, como veremos, se mueven por ambiciones y deseos, y no por una simple sucesión de acciones. Puede que el objetivo se cumpla o puede que no, pero es importante que exista como fuerza motriz del personaje. Esto es especialmente cierto cuando hablamos de la novela, en la que la historia se sostiene, en buena medida, gracias al anhelo de lograr ese objetivo.

EL CONFLICTO

Con la situación y el objetivo ya claros, la trama avanzará hacia la presentación de uno o varios conflictos que atañen al personaje (o a varios de los personajes, si manejamos una novela con varias tramas). Podemos distinguir hasta cinco tipos de conflictos:

- a) El conflicto inicial o existencial, es decir, el que se le plantea al personaje al comienzo de la narración (durante la situación) y que suele situarle de alguna manera en una posición frágil, desventajosa o expuesta respecto a lo que va a ocurrir a continuación.
- b) El conflicto generado por el encuentro con su antagonista o una circunstancia opuesta, a los que el personaje deberá hacer frente, creándose así una situación conflictiva que en la mayoría de las ocasiones será el germen de la crisis.
- c) El conflicto generado por la toma de conocimiento del entorno, cuando el personaje, enfrentado a lo antagónico, valora su situación, sus apoyos, los motivos que han podido llevarle a la posición en que se halla, etc., y que le obligan a replantearse todo lo acontecido con anterioridad y a valorar las distintas opciones que se le plantean en el futuro inmediato.
- d) El conflicto generado por la inmersión del personaje en la crisis, que conllevará el cambio con respecto a las circunstancias que se han venido desarrollando hasta el momento anterior de la narración, circunstancias de las que la crisis viene a ser una culminación.

- e) Y por último, el conflicto de futuro, generado por el cierre de los aspectos argumentales abiertos a lo largo de la narración, que proceden a clausurarse dejando a la vista unas nuevas circunstancias que atañen al personaje, aunque éstas no se incluyan ya en la narración.

LA CRISIS

Podemos decir que si hay conflicto, hay crisis. La crisis es otro de los elementos que conforman el todo que es la trama. Veamos dos de las acepciones del diccionario de la RAE para la palabra crisis: «Situación de un asunto o proceso cuando está en duda la continuación, modificación o cese. | Situación dificultosa o complicada.»

En una narración entendemos por crisis la síntesis de un hecho extraordinario que causa una ruptura con el devenir normal de los acontecimientos. La crisis suele estar motivada por el conflicto que se presenta al enfrentarse el personaje a una situación adversa, antagónica.

Durante la crisis acontece una metamorfosis del personaje que provocará el nacimiento de nuevas actitudes del mismo, en muchas ocasiones opuestas a las que mantenía hasta ese momento, y que modificarán sus relaciones con los demás personajes así como con los demás aspectos de la trama. El personaje podrá favorecer esa metamorfosis que ocasiona la crisis, simplemente aceptarla sin favorecerla u oponerse a ella, con todas las connotaciones que estas posibilidades implican.

EL CLÍMAX

La crisis desemboca en el clímax, que se concibe como el momento de mayor tensión dramática de la narración. Es el momento culminante de la trama y suele conllevar la resolución del conflicto planteado, ya sea mediante una serie de acciones dramáticas o mediante la consecución de un equilibrio emocional (en el caso de tramas de carácter más psicológico).

EL DESENLACE

El desenlace de la historia debe venir marcado por la resolución del conflicto que se había planteado.

Esta resolución no tiene por qué ser completa: a veces basta simplemente con mostrar que los personajes están empezando a cambiar de alguna manera, empezando a ver las cosas de manera diferente.

Este tipo de final no del todo concluyente (pero donde sí se indica el inicio de una conclusión) suele ser común en la ficción corta, donde la extensión de los relatos dificulta proporcionar una solución completa; mientras en la novela suele darse un final cerrado, donde todo se resuelve (aunque no necesariamente de una forma satisfactoria para el protagonista).

Veamos algunas de las opciones para escribir un desenlace y concluir una narración:

- Final abierto: el escritor plantea una opción no del todo definida y son los lectores quienes acaban de completar la historia.
- Final resuelto: el final es claro y nítido.
- Final circular: de alguna manera el protagonista vuelve a encontrarse en una situación semejante a la del inicio de la historia.

Cada historia pide un tipo de final. Lo aconsejable es valorar cuál es la manera de plantear el desenlace que resulta más apropiada para tu narración.

Insistiremos una vez más en que situación, objetivo, conflicto, crisis, clímax y resolución son algunas de las partes en las que podemos dividir la trama. De manera exenta carecen de sentido y solo lo recobran cuando los restituimos a su lugar en la trama, dentro de la cual contribuyen a formar un todo unitario y completo.

Podemos decir que cada una de estas partes es una pieza que el autor engarza en una determinada posición en cada narración que emprende, formando cada vez un todo distinto. Cada parte, por tanto, en tanto mantiene una relación de causalidad con las restantes, es necesaria para el correcto devenir de la trama.

Además de estas partes que hemos descrito, forman parte de la trama otros factores que, si bien no se pueden identificar como una parte más o menos bien delimitada dentro de la misma, contribuyen también a su constitución, a la forma que esta adopta y que el lector percibe.

De este modo, en una narración puede darse prioridad sobre la acción a algún factor que normalmente consideraríamos un elemento secundario o complementario de la acción (que no de la trama). Ese es el caso de los textos donde se da prioridad a la caracterización de los personajes, a la descripción de la atmosfera de la narración (refiriéndonos a la atmosfera metafórica, no física, que respira la narración), al desarrollo de los diálogos. Cada uno de estos aspectos es también una parte de la trama que puede resaltarse por encima del resto, pero siguen formando parte de ella, entrettejidos por la acción que se desarrolla.

En realidad, la trama del texto se compone de una multitud de elementos, pero puede reducirse casi siempre a una cuestión bastante sencilla. Esa cuestión se plantea en forma de pregunta, lo que en inglés se conoce como *dramatic question*, y no es más que la formulación del porqué del texto. ¿Conseguirá el héroe derrotar por fin a su enemigo? ¿Llegará el protagonista a su destino? ¿Terminarán juntos los amantes separados por el destino?

Aunque pueda parecer muy simple, en muchas ocasiones el plantearnos esta pregunta al comienzo de nuestras narraciones puede ayudarnos a tomar las decisiones adecuadas a la hora de llevar el texto por uno u otro camino. Tratar de averiguar cuál es la pregunta (o preguntas, aunque la trama principal suele poder responderse con una sola cuestión) que “define” nuestra historia nos ayudará a comprender el conflicto que subyace, identificar la crisis o establecer una situación apropiada.

La respuesta a esa pregunta, por el contrario, es complicada. Mejor dicho: lo complicado no es la respuesta en sí, sino su formulación narrativa. El héroe sí vencerá a su enemigo, pero habrá que mostrar al lector cómo alcanza esa victoria, los pasos que da para lograrlo. La respuesta vendrá dictada por el personaje y su objetivo, por sus acciones y sus pensamientos, por el entramado que conforman la situación, el conflicto o el clímax; en suma, por el conjunto de la narración.

Las soluciones sencillas, o ramplonas, producen la inevitable sensación de que el autor no tenía idea acerca de la manera de “cerrar” el texto, ni veía de forma clara su composición.

Es importante tener presente que la consecución del objetivo del protagonista (mediante las situaciones que se plantean en el texto) a través del planteamiento, el nudo y el

desenlace debe ser creíble; de nada sirve elaborar una trama rica en matices, con conflictos verosímiles y personajes interesantes si se opta por un final fantástico y apresurado. Cada acción en el texto debe conducir hacia esa consecución de forma ordenada y verosímil.

Veamos, de nuevo, lo que John Gardner apunta sobre esto:

El personaje es la vida de la novela. El ambiente existe solo para que el personaje tenga un entorno en el que moverse, algo que ayude a definirlo. El argumento existe para que el personaje pueda descubrir algo de sí mismo, y, en el proceso, revelar al lector cómo es él realmente: el argumento obliga al personaje a decidir y a actuar, lo transforma de estética construcción en ser humano vivo que toma decisiones y paga las consecuencias u obtiene recompensas.

En casi toda buena novela, la forma básica —casi ineludiblemente— de la trama es: un personaje central quiere algo, lo persigue a pesar de la oposición que encuentra (en la que, quizá, se incluyan sus propias dudas) y gana, pierde o se inhibe.

Se deduce de las palabras de Gardner algo que no por obvio hay que olvidar: la trama se desarrolla gracias a, y en función de, los personajes. Estudiaremos sus características y funciones en la siguiente lección, pero ha de quedar claro ya ahora que los conflictos de los caracteres son una parte indispensable de la trama; de hecho, son uno de los elementos esenciales para ponerla en marcha.

Podemos concluir, por tanto, que la trama es la unidad de la narración que engloba, por un lado, la acción en cuanto sucesión de hechos que acontecen; y por otro, distintos aspectos de la misma que actúan como graduadores de la intensidad según presentan conflictos, resoluciones, crisis, etc. Con todas estas piezas el escritor trabaja para dar forma a la historia que quiere contar y sin que exista un único modo de ensamblarlas.